



Dos aproximaciones distintas a la transición en Cuba a raíz de los problemas de salud de Fidel Castro.

Transición a la cubana:

# ISLA para DOS

Amo esta isla...

Augusto Álvarez Rodrich  
Periodista

>>> Estoy en Cuba, cruzando los dedos para que la salud de Fidel Castro se recupere y yo no tenga que realizar algún envío periodístico de emergencia. He sido informado por las autoridades diplomáticas de que el ejercicio del periodismo acá requiere de un permiso previo. No tengo interés en violar la ley estando con mis tres hijos, ni en interrumpir mis vacaciones.

Durante este tiempo solo tengo dos contactos con Lima. Uno es un celular al que Mito Tumi —el jefe de Informaciones de Perú.21— me llama a las 7 de la noche para conversar sobre la edición del día siguiente. El otro es un breve encuentro mañanero con el *e-mail* en una computadora frente al bar del hotel donde, a eso de las 8 de la mañana, unos rusos y unas italianas beben un mojito más mientras otros huéspedes llegan al comedor para desayunar. Más que leer mensajes, los borro para que el buzón no se sature.

Una mañana encuentro un *e-mail* de Ernesto de la Jara pidiéndome un artículo sobre “Cuba después de Fidel”.

No soy ningún experto en el tema. Si quieren un reporte bien informado, lean *Foreign Policy*, *The Economist* o algo por el estilo. Con las advertencias obligadas por mi desconocimiento, acá va mi visión de lo que observo, escucho e intuyo.

Cuba no parece haber cambiado mucho desde la última vez que estuve acá, hace tres años. La Habana está igualmente bella pero igualmente destartalada. Las fachadas del malecón se ven peor que antes. Veo que Belén las mira con asombro, pero —muy educada ella— prefiere no comentarlas, a diferencia de un inglés de Liverpool que le pregunta a la guía turística por qué no las pintan. Ella, muy amable, responde —no sé si sabiendo que no es así— que sería en vano, porque la brisa marina “acaba destruyendo todo”.

Los meseros de la tradicional y excepcional “Bodeguita del Medio” parecen los mismos; los ruidosamente magníficos danzantes con zancos que entretienen las calles del centro son, sin duda, los mismos; la mesa en el precioso balcón del segundo piso del O’Riley es la misma; la atención en el restaurante con las mesitas en la bella Plaza de la Catedral, donde se puede ver la tarde pasar, sigue siendo malísima; la rubia con flores que ofrece posar para una foto

a cambio de una propina me parece la misma. La ciudad sigue siendo misteriosamente encantadora. Sebastián, Belén y Matías la están pasando magnífico.

Su gente también es encantadora. Es un gusto conversar con los cubanos. Son educados, entretenidos y alegres. Un taxista me dice: “Ah, del Perú, qué bueno que Alan ya se amistó con Chávez. No conviene llevarse mal con alguien que tiene tanto petróleo”. Un jardinero se alegra de conversar con un peruano porque ama la música de Los Pasteles Verdes. Un *barman* me comenta que el Perú le recuerda a Laura Bozzo: “¡Que pase el marido!”, exclama riéndose. Cerca del “Floridita”, Sebastián identifica a un negro que lleva puesta una camiseta del Alianza Lima. Le pregunta si es peruano, y este le responde que no, y mi hijo indaga por el origen de su atuendo.

Pero los cubanos dejan de ser abiertos cuando la conversación se desliza hacia la política. No les gusta hablar de eso con extranjeros. Intuyo que pueden tener alguna sospecha pero, principalmente, que no deben verle mucho sentido a esas discusiones estériles que han de haber tenido por montones y que no van a ninguna parte sobre los problemas del sistema y el contraste de una realidad —que parece estacionada en el tiempo— con la de los países de los turistas que vienen a la isla.

Me da la sensación de que el cubano tiene por Fidel Castro un sentimiento dual. Por un lado, un respeto grande, quizá por el futuro que este les ofreció, pero que no llegó. Seguramente agradecen, además, los sistemas gratuitos y universales de educación y salud. Pero también intuyo que les deben joder muchas cosas.

Un cubano residente en Lima me envió un *e-mail* que me ayuda a ordenar los problemas cotidianos de los cubanos, no de los extranjeros, que solo vemos la mejor parte del paisaje. Casi todo está prohibido, todo es ilegal. No tienen acceso particular a Internet; esta solo existe en locales del Estado donde la vigilancia es constante y el tiempo, limitado. La televisión por cable está prohibida. Los negocios particulares también. Todos los medios de producción son del Gobierno. Por tanto, solo se puede trabajar para el Gobierno, donde el mejor salario es el de un médico, unos 20 dólares mensuales.

Para el cubano está prohibido el ingreso en los hoteles de extranjeros; ni siquiera si uno de ellos lo invita a comer algo o a tomarse un trago. No tienen derecho a comprar un automóvil ni una casa, y si ya los tienen, nunca serán sus dueños porque no los pueden vender o permutar por otros. Si abandonan el país de forma permanente, pierden las propiedades.

No hay partidos opositores, salvo los clandestinos. No existe el libre derecho a la reunión ni a la manifestación. No se permite la libre expresión. Si alguien realiza algún acto de oposición al Gobierno —gritar “Abajo Fidel” o poner un cartel en una pared— sufrirá una condena de prisión de cuatro años. Todos los medios de comunicación son del Gobierno y aburridísimos. *Granma* y *Juventud Rebelde* son pasquines panfletarios. Los cuatro canales de televisión no hacen más que hablar de lo bien que está Cuba y de lo mal que está el resto del mundo (salvo Venezuela).

La comida la reciben por medio de una cuota que es controlada por una “libreta de abastecimiento” que se reparte a cada hogar. Les dan los alimentos en la cantidad “que te toca”, y a medida que los van comprando se tachan para que no los repitan. Solo se puede comprar en la bodega asignada. Al mes, uno tiene derecho a comprar 5 libras de arroz, 5 de azúcar, media de aceite, unas cajas de cigarrillos, un kilo de sal, un poco de café y un pedazo de pan cada día. De la carne, pueden pasar varios meses para recibir un cuarto de kilo. Se podría comprar algo más de lo establecido en la libreta, pero a unos precios por las nubes: un litro de leche cuesta el equivalente a dos días de trabajo de un profesional con un “buen sueldo”.

Un cubano no puede recibir en su casa a un extranjero, salvo que el Gobierno le apruebe ese “derecho”. Si lo hace sin permiso, le podrían decomisar sus bienes. No puede viajar libremente. Si quiere hacerlo primero debe contar con una carta de invitación de algún extranjero, pues el viaje por turismo no existe; después se lo somete a una férrea investigación por veinte días, y si en las averiguaciones alguien simplemente dice que uno desea quedarse en el país que visitará, no le aprueban la salida.



Con todas esas penurias, los cubanos ven la vida pasar. La versión oficial que repiten muchos de ellos es que la culpa la tiene el “bloque imperialista”. En parte es verdad. Pero la principal es que su modelo económico ha perdido sentido, pues condena absurdamente a sus ciudadanos a la postración.

La Habana tiene en estos días unos carteles en las calles con la foto de Fidel y el lema “Vamos bien” en alusión a la salud del líder, y también a la situación del país. Pero presiento que los cubanos saben que esto no va tan bien como proclama su Gobierno.

¿Qué quieren los cubanos? Difícil saberlo, porque acá no hay encuestas de opinión pública y a la gente no le gusta hablar del tema, pero intuyo que quisieran preservar los sistemas de educación y salud pero con la eliminación de la restricción evidente de las libertades y oportunidades que sufren.

Me queda claro, también, que no son unos grandes entusiastas de Miami. Les preocupa que sus compatriotas que marcharon a buscar nuevos y mejores horizontes, y que sin duda lograron una calidad de vida tremendamente superior y acumularon algún capital, vuelvan un día para reclamar las propiedades que dejaron; les preocupa incluso que Cuba se convierta, otra vez, en el burdel de los Estados Unidos.

Fidel Castro ya tiene más de seis meses fuera del ejercicio cotidiano del poder, pero parece que eso no hubiera cambiado las cosas. Como si nada hubiese pasado. Ese es el problema, pienso. Acá no está pasando nada, nada de nada. Acá parece que el tiempo no pasara.

Pero, inexorablemente, “el tiempo pasa, nos vamos volviendo viejos”. Me parece que los cubanos están a la espera de que algo ocurra después de la muerte —que algún día llegará— de Fidel. Por ello, la transición en realidad ya ha empezado, aunque es difícil saber hacia dónde irán las cosas. Hay una estructura política férrea establecida para que la situación no cambie, con los comités de defensa de la revolución vigentes, y los paneles en las calles arengando tercamente por un sueño que se fue diluyendo con el paso de los casi cincuenta años que han transcurrido desde que Castro tomó el poder. Sin duda, a la muerte de su hermano Raúl asumirá formalmente el mando que ya ejerce. Es probable que entonces las cosas empiecen a cambiar con mayor velocidad.

Para cumplir con todo lo planteado en el encargo de Ernesto —no Guevara, sino De la Jara—, ¿cuál es el escenario futuro más conveniente para los cubanos después de la muerte de Fidel? Debería ser el que ellos quieran que sea. Ojalá que puedan construir un país de oportunidades y

libertades —que ahora no lo es—, pero preservando su identidad y el cariño que le tienen a su hermosa tierra.

Históricamente Fidel Castro es, sin duda, una de las figuras con mayor influencia del siglo XX. Casi cincuenta años de ejercicio del poder, enfrentado a la primera potencia mundial, a la cual tienen tan cerca pero tan lejos, no es poca cosa. Con todos los defectos propios de un dictador que recortó severamente las libertades en su país, incluyendo la grave violación de los derechos humanos de los disidentes, su papel histórico ha sido central en el curso de los eventos de la región y en el mundo durante el medio siglo pasado.

Su imagen será muy distinta en Cuba y fuera de ella. Intuyo que, dentro del país, su perfil histórico estará marcado por las contradicciones ya señaladas. Afuera, en cambio, su imagen es marcadamente negativa, como ciertamente corresponde a un dictador que recortó las libertades y violó los derechos humanos.

Una expresión de ello es que toda la parafernalia diseñada para sacarles dólares o euros a los turistas —camisetas, ceniceros, gorras, etcétera— explota únicamente la imagen del *Che* Guevara. Los vendedores saben que ningún turista estaría interesado en comprar un polo con la imagen de Fidel. La del *Che*, en cambio, asesinado en Bolivia hace cuarenta años, sigue teniendo una fuerza y una magia muy potentes para los extranjeros. Los músicos cubanos también lo saben, y repiten, sin cansarse, “Hasta siempre” —*Aquí se queda la clara/la entrañable transparencia/de tu querida presencia/Comandante Che Guevara*—, mientras las canciones para Fidel más bien escasean o, si las hay, no las cantan.

Para lo cubanos, en cambio, la imagen del *Che* es mucho menor que la de Fidel. Por ejemplo, el Museo de la Revolución —el antiguo palacio de Batista— es todo un elogio a Castro, y allí la “querida presencia” del argentino pasa a tener un papel secundario.

En el trayecto de tres horas entre Varadero y La Habana, adonde nos dirigimos para tomar el vuelo de regreso a Lima, vamos mis hijos y yo en una camioneta junto con dos cubanos —el chofer y una empleada del hotel— que conversan entre ellos. Matías tiene 10 años, le interesa la política, no le gustan las medias tintas ni las respuestas ambiguas, y siempre pregunta en voz alta: “Papá, ¿quién fue mejor, entonces, Fidel o Batista?”. Noto que los cubanos suspenden su conversación a la espera de mi respuesta.

“Fidel”, respondo. Creo que no le estaba mintiendo a Matías. Es una lástima, sin embargo, que ambos hayan sido las opciones de la historia reciente de Cuba. Sus ciudadanos merecen un destino superior y un motivo mejor para su alegría invencible.